

Si tal aconteciere, si se introdujere en medio de ellos el refinamiento, si aprendieren al cabo á honrar las gracias, á estimar los honores, á amar la caballería de la vida, entonces diriamos adios á la igualdad americana, y procurariamos avenir con la sociabilidad europea una de las mas bellas regiones de la tierra.

FIN.

Notas.

(1) PAGINA 22.

El buen orden, la economía, el crédito, el justo equilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas, todo lo que supone virtud é inteligencia, justifica el orgullo de las naciones del mismo modo que sirve de excusa á la vanidad de los individuos. Si los Estados-Unidos hacen alarde de la situación próspera de su hacienda pública, tambien pueden lisonjearse de una independencía que ningun otro gobierno, especialmente de Europa, goza en la época actual — época en que los ministros de los reyes se ven precisados á pasar por el escritorio de un usurero, para ir á la sala de consejo, y para comprar amigos ó acallar adversarios.

La economía de los Americanos del Norte evita que los agentes del poder lo hagan degenerar en tiranía, corrompiendo las costumbres. El apego al interes, la venalidad, la codicia, son faltas de que desgraciadamente no se halla exento el carácter anglo-americano; pero no hai individuo que ignore que los hombres del gobierno son pobres, y

que servir á los enemigos de la libertad no es medio para enriquecerse en aquel país. Además la modicidad de los sueldos es una barrera que contiene el espíritu de la *em-pleomanía*, origen de todos los trastornos políticos, y de todos los males de nuestros países. En los Estados-Unidos no se encuentra, gracias á la falta de aliciente, una parte considerable de la nación que viva á expensas de la otra, *fruges consumere nati*, y que no pueda atesorar sin empobrecer la nación. Los Estados-Unidos no están por eso libres de los gérmenes que corrompen las costumbres; mas esos gérmenes son diversos de los que entre nosotros producen tanto veneno, y su fomento tropieza con estorbos que no entorpecen entre nosotros el desarrollo de los vicios. He ahí lo que debe imitarse: la práctica de lo bueno, dejando para los visionarios la realización de teóricas impracticables.

Cuando se recuerda que, aun antes de proclamar la independencia, tenían ya las entonces colonias inglesas casi 10 millones de libras esterlinas (50 millones de pesos) de deuda, y que desde la paz de 1763 hasta el principio de su revolución, es decir en diez años, habían logrado casi extinguirla, á pesar de las trabas que embarazaban todas las operaciones comerciales, no causa extrañeza que en cincuenta años de independencia y prosperidad, hayan podido pagar 11 millones de pesos á los extranjeros y 30 á los nacionales.

Pero no se crea que las contribuciones eran enormes; al contrario el pueblo pagaba poco, mas eso poco era suficiente para ir amortizando la deuda nacional; mientras el incremento de la población, y el valor que adquirieron los bienes territoriales despues de terminada la querrela entre la metrópoli y los nuevos estados, abrían dos fuentes de riqueza, que comenzaban la prosperidad común. Para eso los gastos ordinarios de los gobiernos respectivos de cada distrito eran muy moderados, y los de la federación no llegaban entonces á 28,000 libras esterlinas ó 140,000 pesos; para eso se entregaba religiosamente á los acreedores de la república cuanto numerario y cuantos productos entraban en poder del gobierno, sacrificando á la buena fé todas las demás consideraciones políticas; para eso en fin

los ciudadanos servían á la patria con un desinterés y una generosidad que no podían dejar de excitar el entusiasmo de los pueblos y el respeto de sus gefes y representantes.

En cuanto á la religiosidad escrupulosa con que los Americanos del Norte miran el tesoro del gobierno, solamente añadiré que Mistress Trollopé no contradice de modo alguno la existencia de un sin número de obras de utilidad pública. Puede asegurarse, que no hai pueblo que en tan poco tiempo haya hecho tanto. — La reserva económica de la Constitución anglo-americana es una llave confiada al Congreso general, y cuya utilidad no se conoce en Europa, donde estamos acostumbrados á ver que todo es pretexto de robo, y que los ministros no desdennan de entrar en aparcería con los administradores, proveedores, forragistas, asentistas, comisarios y otras sabandijas de igual especie que viven á costá del erario, y engordan con el sudor de los pobres trabajadores y la sangre del soldado. «Echad fuera de palacio esas sombras,» decía Diego Arias á Enrique IV de Castilla. Yo creo que los pueblos no serán felices ni darán cima á las revoluciones hasta que sigan el consejo de los que les repiten: «Echad fuera esos vampiros.» Entonces el tesoro del gobierno será para las necesidades del estado, y los particulares se encargarán de las empresas y planes que la seguridad de buen éxito y el interés individual inspirarán á los capitalistas y patriotas.

(2) PAGINA 23.

No solamente cuadran mal á los grandes salones las pinturas de dimensiones reducidas, sino las pinturas malas. Un viajero acostumbrado á los magníficos retablos y cuadros que adornan los templos y hermocean las galerías de las ciudades de Europa, no puede salir satisfecho del Capitolio de Washington. El cuadro que mas interés ofrece es el de la declaración de la independencia; porque, aunque no tuviera otro mérito que el de hacer recordar la fiso-

nomía de los patriarcas de la libertad americana, bastaría ese ciertamente para hacerlo recomendable. Del cuadro de la declaración de la independencia de Trumbull se puede formar alguna idea por el bello grabado que se ha generalizado tanto en Europa.

(3) PAGINA 28.

La última transacción de los Estados-Unidos y la Francia ha calmado mucho, si no el entusiasmo de los propagadores de ideas transatlánticas, la avidez con que leía el público francés cuanto querían contarle de aquel *gran pueblo*. Es indudable que los hombres de talento que reúnen á una profunda erudición un discernimiento claro y un juicio sólido, miran con disgusto la tendencia *desnacionalizadora* que se descubre en las opiniones de ciertos hombres de una reputación usurpada. El ahinco fatal con que quisieran estos cambiar sus instituciones y sus costumbres, y sus hábitos, por los hábitos, costumbres é instituciones de otro país, ha hecho más daño á la prosperidad de los pueblos que la dominación de los tiranos. A lo menos una población que derriba al déspota que la oprimía, y se sirve de su libertad para ser feliz, podrá conseguir su objeto; pero un pueblo que pierde su índole, que altera sus pasiones, que trueca sus gustos, que se abandona á la imitación de otro pueblo, ni será grande, ni será fuerte, ni será feliz. Yo creo, por lo que se observa y puede ver todo el mundo, que los Franceses son menos libres bajo el imperio de Luis-Felipe que lo eran bajo la dominación de la línea primogénita de los Borbones. Sin embargo, después del triunfo que consiguieron en julio de 1830, debía ser la Francia el dechado de los pueblos libres. ¿A quién pues debe atribuirse semejante extravío? ¿Quién ha convertido la *gran revolución* de julio en un motín, y la monarquía popular en un trono opresivo? — La manía de querer convertir á los Franceses en Anglo-Americanos. A nosotros nos hacen tres veces más

daño esos miserables que quieren pasar por hombres grandes á fuerza de traducir y de copiar, porque unos quieren hacernos Ingleses, otros Franceses y otros Anglo-Americanos; sin que uno solo haya tenido hasta ahora la feliz ocurrencia de hacernos lo que podemos ser, es decir: nosotros.

(4) PAGINA 99.

Costará mucho rectificar la falsa idea que tienen todos los extranjeros del carácter español; porque si bien no existen ya ni el poder inmenso ni las enormes riquezas que despertaron la envidia y engendraron la calumnia, quedan sin embargo en su fuerza y rigor las preocupaciones y errores nacionales. Púedese contar entre los principales esa persuasión dócil é inalterable con que todos hablan del fanatismo católico de los Españoles. ¿Porqué se repite contra los Españoles solos una acusación que merecen todos los pueblos de la tierra? ¿Qué nación no ha sido supersticiosa y fanática? ¿Qué país no ha derramado la sangre humana para aplacar sus dioses irritados? Cuando la Europa entera se alistaba con frenético ardor en las banderas de la Cruzada ¿no ofrecía la España el espectáculo sublime de la tolerancia y de la filosofía? Si Valladolid y Madrid han visto las hogueras de la Inquisición ¿no ha visto París, no ha visto Londres atrocidades parecidas? ¿Cuál fué el crimen de la mariscal de Ancre? ¿Cuál el del obispo Fisher ó el del canciller Tomás More? Abranse los Martirologios de todas las comuniones de Inglaterra, y en ellos se verá si un Ingles puede acusar de fanatismo á nuestros abuelos, y si *Mistress Trollope* no hubiera encontrado en la historia de su país épocas tan fecundas en ejemplos de ceguedad y locura como la que cita de « España, en sus días más católicos. »

(5) PAGINA 171.

Nada es mas admirable que ese amor apasionado con que miran los hombres su pais. Yo he llorado al pie del Atlas, oyendo al venerable Xequé Elmmenid ensalzar las glorias del desierto y la felicidad de los arenales. El fanatismo patriótico es una virtud; sin él no contaria la Grecia Codros y Aristides, Roma Horacios y Catones, España Pelayos y Guzmanes, el mundo héroes y sabios. Los cosmopolitas no carecerán de aprobacion, mientras haya en los pueblos patricios degradados que solo viven contentos donde sacian sus caprichos; pero tampoco se librarán de la censura y del desprecio de los buenos ciudadanos. El día en que los Americanos del Norte se entibien en ese amor exclusivo á su libertad y á sus instituciones, empezará un período de decadencia que acabará en su ruina. Si sus cosas no merecen una aprobacion absoluta, harán mal en no aprovecharse de los consejos ú observaciones que puedan recojer en favor suyo; pero seria infame que ellos aprobaran la censura extranjera, como es infame entre nosotros hacer coro con los extraños, para vilipendiar las venerables reliquias de las costumbres nacionales. Mistress Trollope, sin advertirlo, justifica por sí misma á los Americanos del Norte. ¿Qué patriota tiene mas amor á su pais, mas entusiasmo por las glorias inglesas, mas fanatismo por sus antiguas y nobles instituciones?

(6) PAGINA 202.

Para la mayor parte de los Ingleses la uniformidad, que constituye una de las condiciones de la belleza artística para los críticos meridionales, es una falta insoportable. Poesía, música, pintura, arquitectura, escultura, todo pasa

entre ellos por la necesidad de transiciones violentas. Después de haber contemplado la regularidad y simetría de los templos y palacios de Italia y Francia, y los soberbios edificios que se admiran en España, no puede menos de extrañarse la falta de armonía del parque del Regente de Londres. Sin embargo, esa variedad tiene su mérito, y sobre todo gusta mucho á los que no han formado su opinion antes de ver las cosas, como suele acontecer, y no basta para condenar una estructura que se desvía de las formas admitidas en otro pais. La arquitectura, como todas las artes, ha empezado por lo necesario, ha buscado despues lo bello y ha dado al cabo en lo superfluo; con todo siempre ha conservado una relacion estrecha con los gustos del pueblo en que se ha adoptado una manera con preferencia á otra, y ha obedecido á la lei imperiosa de las necesidades que nacen de las costumbres. Los techos de los climas meridionales no pueden ser los de los climas del norte: el sol inspira una forma de arquitectura; la nieve exige otra, y lo que justifica la diversidad de las formas externas, sanciona las diferencias de la distribucion interior.

(7) PAGINA 211.

Puede añadirse á lo que se ha dicho en la nota (9) del tomo primero que los habitantes de los paises frios y nebulosos deben ser en las ceremonias de su culto como en sus costumbres menos alegres, menos opulentos, menos poéticos que los moradores de climas mas despejados y hermosos. Los Americanos del Norte, hijos de los reformadores fanáticos ingleses, han cedido á la influencia de un sol mas ardiente y de los brillantes y magníficos cuadros que los rodean. Las mugeres han conservado la devocion y el entusiasmo, porque todo culto tiene una poesia interior que los hombres no comprenden, ó que desoyen en medio del tumulto de los negocios. El aspecto sombrío y silencio sepulcral de los dias consagrados por los protestantes á Dios viene mas que del espíritu de judaísmo que se ha encarnado en su revolucion religiosa, de la apatía y moro-

sidad de su carácter. Los druidas erijieron sus sangrientas piedras en los bosques septentrionales: el culto festivo de los gentiles, sus danzas y sus cantos no congeniaban con los Germanos ni con los habitantes salvajes de las islas británicas. En los nuevos estados de América se puede observar el mismo rasgo de fisonomía característica. En los estados donde se vive bajo de un cielo menos puro, en medio de una perspectiva menos halagüena, y dentro de una atmósfera pesada, los lazos de la sociedad no se han estrechado tanto, ni las costumbres religiosas se han alejado de reserva y circunspeccion de los maestros que con tanta gracia como veneno ha ridiculizado Butler en su Hudibras.

FIN DE LAS NOTAS.

Tabla

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL TOMO SEGUNDO.

CAPITULO XX.

Viage á Washington. — Capitolio. — Ciudad. — Congreso. — Indios. — Exequias de un miembro del congreso. 1

CAPITULO XXI.

Stónington. — Saltos del Potomac. 34

CAPITULO XXII.

Hacendados menores. — Esclavitud. 41

CAPITULO XXIII.

Frutas y flores de Marilanda y de Virginia. — Culebra de cascabel. — Insectos. — Elecciones. 59

CAPITULO XXIV.

Viage á Filadelfia. — Canal de Chisapica y Delavara. — Ciudad de Filadelfia. — Lectura de miss Wright. 72